

## Una sesión en la sala del Diccionario

Al día siguiente de aquel día nefasto, el Sr. secretario perpetuo Hippolyte Patard penetró en la bóveda del Instituto cuando estaba dando la una. El conserje estaba en el umbral de su garita. Le tendió el correo al secretario perpetuo y le dijo:

—Viene usted muy pronto hoy, señor secretario perpetuo, aún no ha llegado nadie.

Hippolyte Patard cogió de manos del conserje su correo, que era bastante voluminoso, y se dispuso a continuar su camino sin mediar palabra con aquel buen hombre.

Éste se quedó asombrado.

—El señor secretario perpetuo tiene aspecto de estar realmente preocupado. ¡Por lo demás, todo el mundo está conmocionado aquí después de semejante historia!

Pero el conserje ni siquiera se volvió, y el conserje cometió el error de añadir:

—¿Ha leído esta mañana el señor secretario perpetuo el artículo del *L'Époque* sobre el sillón maldito?

Hippolyte Patard tenía la particularidad de ser tan pronto un ancianito fresco y rosado, amable y sonriente, acogedor,

benevolente, encantador, a quien todo el mundo en la Academia llamaba «mi buen amigo», evidentemente con excepción del servicio —aunque les colmaba de atenciones, preguntándoles por su salud—; y tan pronto, Hippolyte Patard era un ancianito completamente seco, amarillo como un limón, nervioso, enojoso, bilioso. Sus mejores amigos llamaban entonces a Hippolyte Patard «señor secretario perpetuo», en toda su extensión; el servicio tampoco las tenía todas consigo. Hippolyte Patard amaba tanto la Academia que se había desdoblado así para servirla, amarla y defenderla. Los días fastuosos, que eran los de los grandes triunfos académicos, las hermosas solemnidades, los premios a la virtud, los señalaba con el Patard rosado, y los días nefastos, que eran aquellos en que algún deleznable plumífero había osado faltar al respeto a la divina institución, los señalaba con el Patard amarillo.

Era evidente que el conserje no se había fijado, ese día, a qué color de Patard había de enfrentarse, pues se hubiera ahorrado la réplica mordaz del secretario perpetuo. Al oír hablar del Sillón Maldito, Patard se paró en seco.

—¡Ocúpese usted de sus asuntos! —le espetó—; ¡no sé si hay un sillón maldito, pero lo que sí sé es que hay un palco que no se vacía de periodistas! ¡A buen entendedor pocas palabras bastan!

Y dio media vuelta dejando al conserje fulminado.

¡Que si el Sr. secretario perpetuo había leído el artículo sobre el Sillón Maldito! ¡Pero si ya no leía más que ese artículo en los periódicos, desde hacía semanas! ¡Y tras la muerte fulminante de Maxime d'Aulnay, que había seguido tan de cerca a la muerte no menos fulminante de Jehan Mortimar, no era probable que la prensa perdiera en mucho tiempo el interés por un tema tan apasionante!

Y sin embargo, ¿qué persona sensata (Hippolyte Patard se detuvo para preguntárselo de nuevo), qué persona sensata hubiera osado ver en esas dos defunciones otra cosa que no fuera una coincidencia infinitamente lamentable? Jehan

Mortimar había muerto de congestión cerebral, era una cosa de lo más natural. Y Maxime d'Aulnay, impresionado por el trágico fin de su predecesor, así como por la solemnidad de la ceremonia, y por último por los enojosos pronósticos con los que algunos malvados diablillos de letras habían rodeado su elección, había muerto por rotura de aneurisma. Y eso tampoco dejaba de ser algo de lo más natural.

Hippolyte Patard, que estaba atravesando el primer patio del Instituto y girando a la izquierda, hacia la escalera que conduce a la secretaría, golpeó el adoquinado desigual y musgoso con la punta de hierro de su paraguas.

«¿Pero es que hay algo más natural —se dijo— que la rotura de un aneurisma? Es algo que le puede pasar a todo el mundo, morirse por rotura de aneurisma, ¡incluso leyendo un discurso en la Academia Francesa!» Y añadió: «¡Basta con que se sea académico!». Al decir esto, se detuvo pensativo en el primer escalón de la escalera. Aunque se lo prohibiera a sí mismo, el secretario perpetuo era bastante supersticioso. Esa idea de que, con todo lo Inmortal que se sea, se puede uno morir de rotura de aneurisma, lo incitó a tocar furtivamente con la mano derecha el mango de madera de su paraguas, que sostenía con la izquierda. Todo el mundo sabe que la madera protege contra la mala suerte. Y reemprendió su marcha ascendente. Pasó ante la secretaría sin detenerse, continuó subiendo, se paró en el segundo piso y dijo en voz alta:

—¡Si no fuera por esa historia de las dos cartas! ¡Pero todos esos imbéciles se han dejado embaucar!, ¡esas dos cartas firmadas con las iniciales E. D. S. E. D. T. D. L. N., todas las iniciales de ese cuentista de Eliphaz! Y el secretario perpetuo se puso a pronunciar en voz alta en la solemnidad sonora de la escalera el aborrecido nombre de aquel que, mediante algún sortilegio criminal, parecía haber desencadenado la fatalidad sobre la ilustre y apacible Compañía: ¡Eliphaz de Saint-Elme de Taillebourg de La Nox!

¡Con semejante nombre, haber osado presentarse para la Academia Francesa!... ¡Haber esperado, él, ese mercachifle